

El caballo de Madera

Texto: José Antonio Mallado Rodríguez

Ilustraciones: Celestino Boge Rangel



ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS

Alcalá de Guadaíra 2006

Editorial Guadalmena

**COLECCIÓN DE CUENTOS NAVIDEÑOS
DE LA
ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS
DE
ALCALÁ DE GUADAÍRA**

I (1997)

La princesa del lunar

Texto: Antonio Rodríguez Almodóvar

Ilustraciones: Isidoro Villalba Corzo

II (1998)

Germán, el pequeño mago

Texto: Ignacio de Loyola Ríos Cañavate

Ilustraciones: José Martínez Recacha

III (1999)

Las historias del abuelo

Texto: Francisco García Rivero

Ilustraciones: Francisco Barranco García

IV (2000)

Juan el cascarrabias

Texto: José Antonio Francés González

Ilustraciones: Francisco Javier García Jiménez

V (2001)

El país de los juguetes

Texto: Alberto Mallado Expósito

Ilustraciones: M^a Luisa Araújo Florindo

VI (2002)

El Dragón y los Reyes Magos

Texto: José Manuel Campos Díaz

Ilustraciones: Javier Hermida Ruiz

VII (2003)

Rachid y la Princesa encantada

Texto: Javier Caraballo

Ilustraciones: Juan Lamas Rodríguez

VIII (2004)

Mateo y la Banda del Alpechín

Texto: Isidro Maya Jariego

Ilustraciones: Xopi

IX (2005)

Aquellos niños del río

Texto: Olga Duarte Piña

Ilustraciones: Rafael Luna

X (2006)

El caballo de madera

Texto: José Antonio Mallado Rodríguez

Ilustraciones: Celestino Boge Rangel



La Cabalgata de Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra, institución decana de la Navidad, quiere homenajear y obsequiar, por medio de este cuento, a todos los niños y niñas alcalareños. Estamos convencidos de que, a través de su amena y alegre lectura y la belleza de sus ilustraciones, estos hombres y mujeres del futuro serán asiduos lectores y personas más receptivas a las cosas de su ciudad. No podemos olvidar nunca que la cultura y la educación hacen a las personas más libres.



*Esta edición se distribuye gratuitamente entre los niños y niñas alcala​reños
por gentileza de la Asociación de Amigos de los Reyes Magos
de Alcalá de Guadaíra*

© Edición: Asociación de Amigos de los Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra

© Texto: José Antonio Mallado Rodríguez

© Ilustraciones: Celestino Boge Rangel

Edita: Editorial Guadalmena S.L.
C/. Vicente Aleixandre, 1
41500 Alcalá de Guadaíra (Sevilla)
Tlf.: 95 410 01 63

ISBN: 84-86448-90-5

Depósito Legal: SE-5080-06

Imprime: Egea Impresores S.L.
Parque Sevilla Industrial (P.A.R.S.I.), C/. Parsi 6 - Nave 6
41016 Sevilla
Tlf.: 95 425 57 90

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo de los autores.

El caballo de Madera

Texto: José Antonio Mallado Rodríguez

Ilustraciones: Celestino Boge Rangel



Con nuestra mayor ilusión, para Pablo, Enrique, Antonio José, Yerai, Jorge, Manuel, Pablo y Víctor para que cuando lean este cuento, sepan que lo hicimos pensando en ellos.

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS

Alcalá de Guadaíra 2006

Editorial Guadalmena

Era un día frío y plomizo de diciembre. Juan el abuelo, como de costumbre, se levantó temprano; tras ducharse y afeitarse se vistió para salir a la calle.

–¿A dónde vas con este frío? -le preguntó desde la cama María, su mujer.

–A poner el Nacimiento en la casa de nuestro hijo mayor.

–¿No desayunas?.

– No, he quedado con nuestro nieto pequeño, que antes de empezar a montarlo, lo voy a llevar a desayunar chocolate con calentitos.

–¡Abrígate bien!–le dijo María.

–¡Vale! dijo Juan con resignación no exenta de cariño, y terminó diciendo por lo bajito ¡A ver quién no le hace caso!.

Sacó del ropero el viejo gabán que no se ponía desde el año anterior, cogió una bufanda que le había regalado su nuera la pasada Navidad, se la anudó al cuello, y una vez dispuesto entró en el dormitorio para que su mujer le diera el visto bueno.

–¡Así me gusta, que vayas abrigadito, que después coges unos resfriados que no lo sueltas en un mes!.



Durante el paseo, Juan se metió la mano en el bolsillo del gabán y encontró dentro un caramelo con el escudo de la Cabalgata, recuerdo del año anterior cuando vio pasar el cortejo real rodeado de sus nietos.



Después del desayuno prometido y festejado por su nieto, volvieron a la casa de su hijo y se pusieron manos a la obra. La faena estaba un poco adelantada, ya que el día anterior Juan había ido al parque y a los pinos, y había recogido verdina, ramas verdes, "mocos", retamas y alguna que otra caña fresca, que había dejado en la casa de su hijo.

Quería que el Nacimiento tuviese elementos vivos por todos lados, que estuviese integrado en la naturaleza.

Primero montaron la estructura, un gran tablero sobre tres caballetes, con la ayuda de su hijo, que también se llamaba Juan, bajo la mirada curiosa y atenta de su nieto pequeño. Una vez puesta la base, Juan, el hijo, se tuvo que marchar a realizar unos asuntos, no sin antes decirle a su hijo pequeño:

– ¡Antoñito, hijo, aprende del abuelo, que es el que mejor pone los Nacimientos del mundo!

Aquí hay que simular un montaña, allí hay que poner una llanura, aquí se ponen unos corchos para formar unas cuevas entre estos desniveles. Allí, con el papel de plata, vamos a hacer el río. ¡Ah! al río hay que ponerle dos puentes. Esa casita se coloca al final de todo para darle perspectiva, y este molino se pone más cerca, junto al río. Y así, con ese continuo ajeteo de corchos, ramas y demás elementos, al cabo de tres horas sólo quedaba disponer las figuras para completar el Nacimiento.



Las figuras aumentaban cada año pues tenían como costumbre de comprar una figura nueva por cada miembro de la familia. Juan, el padre, había comprado este año “el pescador”, Marta, la madre, “la lavandera en el río”, Julián, el hijo mayor, ya adolescente, que además era un poco guarrillo, “el hombre cagando”, y Antoñito y su hermana pequeña Anita, dos ovejitas con sus crías. Cuando el abuelo Juan puso en el Nacimiento la figura que había comprado su hermano, un poco escondida por cierto, Antoñito le dijo:

–¡Abuelo, menos mal que la caca es de barro, que si no cualquiera se quedaba aquí!.

Pasado el mediodía el Nacimiento ya estaba montado, sólo faltaba conectar los artilugios eléctricos y que funcionase la electrónica, porque el Nacimiento desde hacía tres años incorporaba nuevas tecnologías. Juan, el padre, se había comprometido a instalar ambas cosas; era un “manitas” para esas materias.

–Bueno, por mi parte esto está terminado –dijo el abuelo con satisfacción–. Sólo falta que lo remate tu padre.

Antoñito buscó a su madre y le dijo con voz melosa, esa que sabía poner para conseguir las cosas:

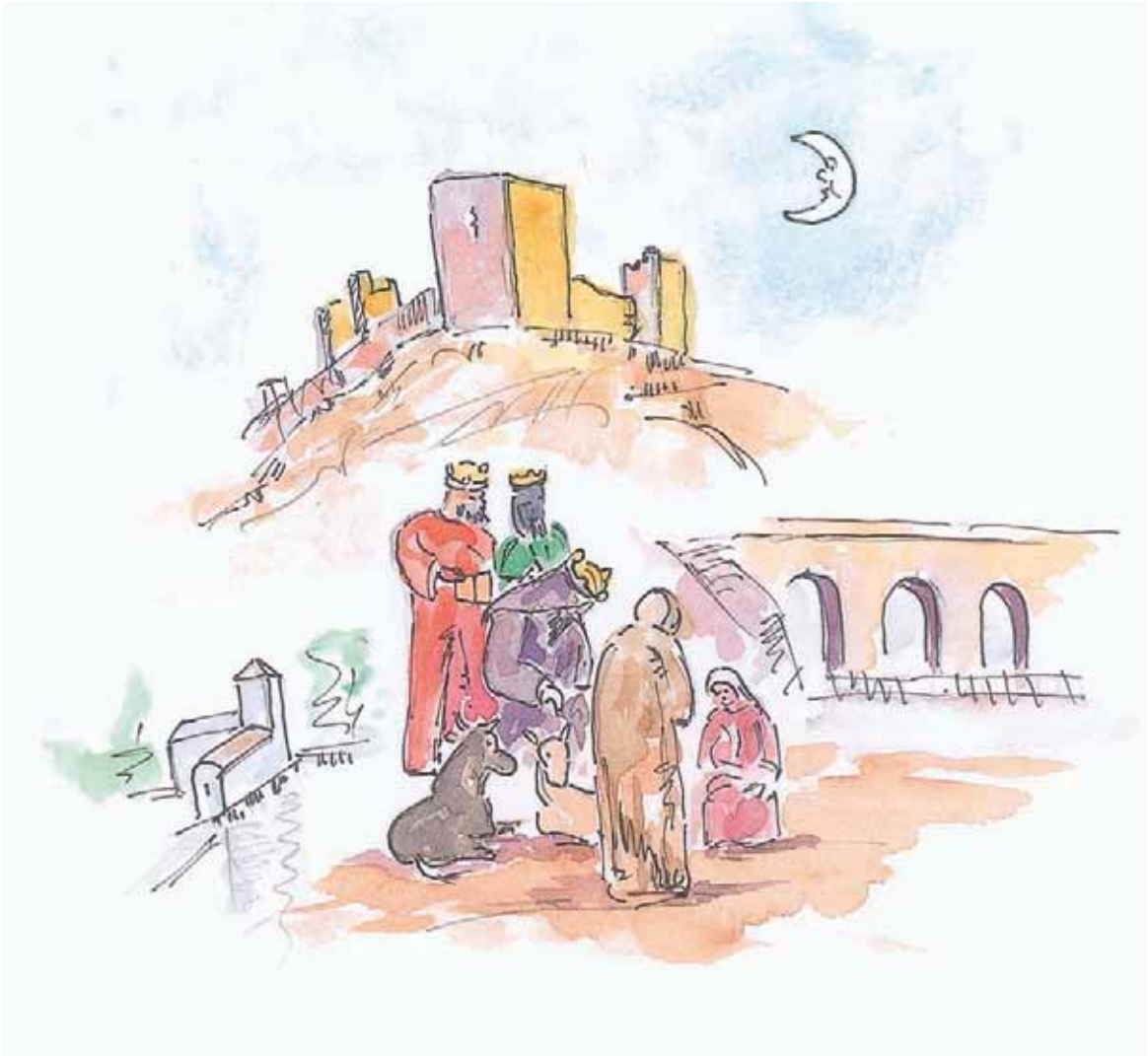
–Mami, porfa, quiero irme a casa del abuelo. Por la tarde me recogéis, ¿vale?.

–Bueno -contestó su madre con media sonrisa– lo que tú vas buscando es el arroz del puchero de la abuela y sobre todo las croquetas.

Aunque era cierto, que como su abuela no hacía nadie las croquetas, al niño también le apetecía escuchar las historias que le contaba su abuelo, ¡Cuánto sabía su abuelo, y qué bien contaba las cosas!.

Cuando llegó Juan, el padre, para cumplir con su encargo, al ver el Nacimiento montado, dos lágrimas aparecieron en sus ojos; de nuevo se producía el milagro de cada año, el mismo milagro surgido de las manos del abuelo. A pesar de los muchos años transcurridos seguía emocionándose como cuando lo vio por primera vez. En menos de dos metros cuadrados había una maqueta perfecta que no necesitaba explicación en todo el orbe cristiano. De aquella maqueta montada por su padre cualquier persona podía explicar cada una de sus figuras y cada uno de sus motivos.

Lo que diferenciaba este Nacimiento de otros es que en éste la maqueta reproducía el pueblo de Alcalá. En una esquina un monte, encima del monte un castillo con torres y almenas, rodeando al monte un río con sus norias y molinos, abajo del monte unas cuevas y unas casitas bajas, y cerca del río tierra de labranza, con alguna casita de campo y ganado. Le vino a la memoria aquella vez, no hace tanto tiempo, cuando llegaba en coche a Alcalá por la carretera la Nocla, cuando su hijo mayor, que entonces apenas tenía cinco años, le dijo:



–¡Mira papá, el Nacimiento del abuelo!.

Todas las figuras del Nacimiento le gustaban, pero se extasiaba sobre todo en las de los tres Reyes Magos. Como imágenes eran magníficas, pero emocionalmente le impactaban más. Fue la aportación de su padre al primer Nacimiento que se puso en su casa un año después de nacer su primer hijo.

En ese instante los Reyes estaban saliendo del castillo (la casa de Herodes), justo encima de la cuesta, pero después, cada día, irían bajando y acercándose al portal. De esa tarea se encargarían los primeros días la madre, porque estaban muy alto, y ya los



últimos días, el encargo pasaría a mano de sus hijos más pequeños. Éstos procurarían andar con ellos todos los días algunos centímetros, con tal de que llegase cuanto antes la mágica noche del cinco de enero. Este año Martita, la pequeña, por un doble motivo, porque además de esperar con ilusión los regalos que le traerían los Reyes, iba a salir vestida de mariposa en la Cabalgata de Alcalá.

Cuando cerca de la una de mediodía llegaron a casa de los abuelos, tras contestar un “Yo” muy fuerte a la pregunta de su abuela:

–¿Quién es el niño más bonito de España?.

Antoñito se fue a jugar al cuarto taller del abuelo, al fondo del cual estaba el caballo de madera, con su sillita de montar y, como de costumbre, se montó en él.

–Abuelo, cuéntame otra vez lo del caballo, le pidió. Y el abuelo, con paciencia y cariño volvió a repetir la historia.



–Mira, yo vivía en la “Verea” en una casa aislada; por la puerta de mi casa pasaban las caballerías que iban y venían de las huertas del Junco y de Gandul. De niño veía pasar con la boca abierta a caballos, mulos y burros con sus cargas o sus monturas; los que más me gustaban eran los caballos. Todos los días le decía a mi padre que quería un caballo. ¿Un caballo? ¿Tú sabes lo que vale un caballo?, me contestaba él. Pero mi afición por los caballos seguía creciendo. De vez en cuando conseguía que algún cono-

cido me subiese un rato en uno de ellos, aunque después tuviese que volver andando a mi casa. Llegó un día de Reyes; los reyes no venían a mi casa porque, según mi padre, vivíamos muy lejos y no daban con ella, pero ese año sí llegaron, y dejaron junto a la ventana de mi cuarto ese caballo de madera; los primeros reyes de mi vida, y por siempre, los mejores reyes de mi vida. A partir de ese momento, siguió contando el abuelo, el caballo cambió mi existencia, hasta los niños de las casas lejanas venían a jugar conmigo. Sobre ese caballo fui en ocasiones el Guerrero del Antifaz, y gané batallas a los



moros; en otras fui el Zorro o el Coyote y realicé hazañas irrepetibles. Otras veces fui Robín de los Bosques y defendí a los pobres de los poderosos, cuando no, fui, Búfalo Bill o vaquero del Oeste y me peleé con los indios o con los malos. Pero lo que de verdad me gustaba ser era José María el Tempranillo, el que a los pobres socorre y a los ricos avasalla, porque con ese personaje tenía "papeles" para todos mis amigos, con pañuelos en la cabeza formábamos la cuadrilla del famoso bandolero, y nos íbamos a jugar con el caballo al cerro que había enfrente de mi casa.

El abuelo se dejó caer sobre el respaldo de la silla volviendo a vivir vidas nunca olvidadas, pero su nieto estaba decidido a no darle tregua tan entusiasmado estaba con aquella historia para él tan maravillosa. Así que el abuelo continuó.

–Tu padre, cuando niño, también jugó mucho con el caballo, y tu tío también. Tu padre era Curro Jiménez, y a tu tío, que era más tranquilo le asignaba el papel del Algarrobo, papel que aceptaba siempre que al final hubiese algo que comer, aunque a él lo que de verdad le gustaba era jugar con los Maldeman. El caballo está ahí a pesar de que los dos querían llevárselo para sus respectivas casas, pero yo les dije: el caballo se queda aquí, ¡con el tiempo, ya vendrán mis nietos a jugar con él!. ¡Y llegaron! Tu hermano mayor se pasaba las horas montado en él diciendo que estaba montado en Furia, el famoso caballo negro.

–Abuelo, ¿cómo se llamaban tus amigos, los que venían a jugar contigo?.

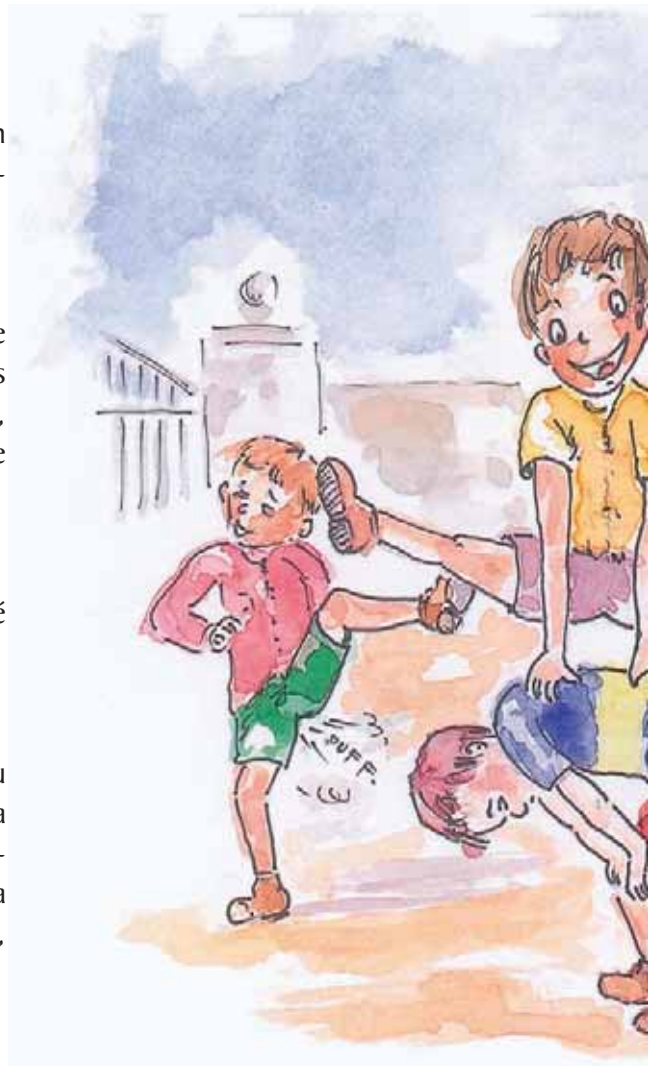
–Hijo, entonces las gentes se conocían más por los mote que por los nombres. Mira, me acuerdo de uno, que venía a jugar algunas veces, que era de la familia de los “cagachinas”.

–¿De los cagachinas? ¿Por qué le decían eso?.

–Yo creo que era porque su madre veía muy poco, y entonces había que espulgar las lentejas antes de guisarlas para quitarles las piedras, cosa que raramente conseguía la mujer y, por lo tanto, iban todas al guiso.

–Pero mi mejor amigo -continuó el abuelo- era el “ruchi”, que se llamaba Paco de nombre, de la familia de los “ruchos”, que también vivían por la Verea.

–Abuelo ¿cuál era tu mote?.



–Hijo, tengo el honor de comunicarte que eres de la famosa estirpe de los “pan-
deros” por parte de tu abuelo, y de los “mauros” por parte de tu abuela ¡Casi ná!

–Y los abuelos por parte de mi madre ¿que motes tenían?.

–Tus abuelos son de Mairena, aunque llevan bastante tiempo viviendo en Alcalá.

Aquí les dicen los “maires”, pero en Mairena creo que le decían los de “dios-
guarde” porque su padre era muy cum-
plido.

–¿Y tus amigos y tú sólo juga-
bais con el caballo?.

–No, hijo no, el caballo era para cuan-
do éramos pocos, y sobre todo cuando
hacía mal tiempo y nos teníamos que
quedar encerrados. Si éramos muchos
jugábamos a la pelota en la explanada
de la huerta de la Quemá, o bien juga-
bamos a las bolas -canicas, le llaman
ahora_ o las cajillas en el Barrero, y en
verano jugábamos con los huesos de los
damascos y también a las anillas, o bien,
jugábamos a la lima, al aro, al trompo, al
esconder, al coger, al pañuelo, a los
buenos y los malos, y a la piola. Cuando
quedaba el Ruchi a piola, si a alguien se
le ocurría darle un poliniqui, tenía la
habilidad de tirarse un cuesco en su
misma cara.



–Esos juegos se jugaban en la calle ¿no abuelo?.

–Entonces era así. Nada más volvías del colegio por la tarde, con el bollo y la
onza de chocolate en la mano ya estabas en la calle, y cuando oscurecía te metías para
dentro, porque en las calles había en total tres o cuatro bombillas y de poca potencia,
no como ahora que parece que estás en una feria. ¡Más quisieran las ferias de

antes tener el alumbrado que tienen las calles de ahora! En verano, en plena calor, íbamos a bañarnos a Las Aceñas, donde había dos posibilidades: río abajo, tirando para el Parque había una especie de playita con poco agua para los que no sabían nadar, río arriba, tirando para el Molinillo Hundido había aguas más profundas, con salto incluido para los que nadaban bien.

–Antoñito–le dijo el abuelo– abre esa caja de lata, la de carne membrillo, que está en ese mueble.

La abrió el niño y se encontró cientos de bolas, de bolones de aceros, de bolines, de bolas de cristal, de bolas de barro, incluso algunas de mármol.

–De esas bolas algunas eran mías, pero otras las trajeron tu padre y tu tío que también jugaron con ellas.

–¿No tienes nada más de aquella época, abuelo?.

El abuelo Juan cogió una escalera de tres pasos y bajó desde lo alto del armario una gran caja de madera fina; dentro había dos trompos de puya herrera con sus cuerdas, un gran sobre con pastas de cajas de cerillos, una bolsa con argollas para jugar a los clavos, un par de limas finas, una baraja de cartas muy usada, una cerbatana, un tirachinas y algún objeto desperdigado más.

–Todavía conservo las cosas de niño, soy el tonto de guardar cosas. Yo creo que ni tu padre ha visto esta caja.

–Abuelo ¿cómo se juega a las bolas?.



–¡Vamos para el patio, te voy a enseñar! –dijo el abuelo.

Previamente cogieron dos bolas finas, de tirar, y diez bastas, de pago, para cada uno. El abuelo Juan le contó a Antoñito que uno de los dos tira una de las bolas buenas, la de cristal o el bolón. El otro jugador debía ponerse a tres o cuatro metros y con su bola intenta darle un cate a la bola “plantada” del otro; si no lo consigue tira el otro, hasta que uno de los dos “mata” la bola contraria. El abuelo le explicó que el que muere debe pagar una o dos bolas de barro, según se haya acordado previamente, al otro. El que gana la “mano” se planta en la jugada siguiente. El juego termina cuando uno de los dos se quede sin bolas de pago.



Antoñito escuchó ensimismado a su abuelo ¿Cómo podía tener el abuelo Juan juegos tan estupendos sin él saberlo?

–Abuelo, vamos a jugar, ¿quién se planta primero?

–Yo–dijo el abuelo.

Y tiró su bola cerca, a unos dos metros. Antoñito se puso en cuclillas y tiró su bola contra la de su abuelo, falló por poco, pero dejó la bola a unos cincuenta centímetros de la de su abuelo.

–¡Ahora me toca a mí!, me la has puesto muy fácil; a eso se le llama “quedarse vendido”.

El abuelo hincó la rodilla en el suelo, apoyó la mano izquierda en la tierra para que le sirviese de soporte, asió la bola con los dedos corazón y pulgar, y usando este último en forma de palanca salió la bola despedida, consiguiendo impactar con la de su nieto.

–¿Te has fijado como se hace? –dijo ufano–. Ahora lo haremos al revés.

Antoñito estaba entusiasmado. Cuando estaban levantándose después de recoger las bolas para jugar de nuevo, se escuchó un ruido de rotura procedente del pantalón del abuelo. Lo miró el nieto y vio que se le había descosido por detrás. Antoñito, que tenía muy desarrollado el sentido del humor preguntó muerto de risa.

–¿En qué me tengo que fijar?. La que se va a fijar bien va a ser la abuela cuando entremos en casa.

La rotura del pantalón del abuelo Juan interrumpió el juego. Ambos metieron de nuevo las bolas en la caja y decidieron entrar de nuevo en la casa. Antoñito se montó en el caballo, y mientras lo miraba, su curiosidad, despertada por las historias que le estaba contando su abuelo, le hizo la siguiente pregunta:

–Abuelo, ¿al caballo no le ha pasado nada malo?.

–Sí hijo, sí. Una vez lo dejó tu padre en la puerta y cuando fue a buscarlo ya no estaba, así que puedes figurarte el disgusto y el lote de llorar de tu padre y tu tío. Pasaron más de tres años y un día a ir al salir la abuela se encontró el caballo dentro del zaguán, además sin daño alguno. El que se lo llevó, que yo me figuro quien pudo ser, después de tenerlo escondido ese tiempo sin poderlo disfrutar públicamente, se arrepintió de lo que había hecho y lo devolvió de la misma forma que se lo llevó.



–¿Quién fue abuelo? ¿Me lo puedes decir?.

–Sólo es una suposición mía. Cerca de nosotros vivía una familia que tenía un niño rebelde, envidioso y caprichoso, que siempre que veía el caballo se quedaba mirándolo con la boca abierta. Bueno, a los pocos días de encontrar tu abuela el caballo, que era cercana la Semana Santa, apareció su madre por la puerta con una fuente de torrijas de regalo, cosa extraña porque no teníamos gran confianza con ellos.



Llegó el añorado cinco de enero, a las diez de la noche, después de ver la Cabalgata ya estaban Antoñito y Martita, en la cama, no sin antes haber dispuesto todas las cosas para la llegada de los Reyes aquella noche a su casa. Los zapatos en el balcón, agua para los camellos, comida para los Reyes, algún caramelo para los pajes, y la promesa de ser buenos todos los días del año.

¡Qué larga se hizo la noche! ¡Cuánto tardaba el sol en aparecer! Nada más ver un rayito por la ventana, Antoñito bajó corriendo al salón. En una esquina había unas cajas con su nombre; sin poder contener la emoción llamó a sus padres, y delante de ellos empezó a abrir los paquetes,

–¡Mami, mira, una Play Station, la tres!.

–¡Papi, mira, una equipación completa de fútbol, además de mi equipo!.



Ya avanzada la mañana de aquel seis de enero fueron a casa de los abuelos para ver si los Reyes habían dejado algo para ellos. Y, como siempre, lo habían dejado. Nada más y nada menos que un auténtico balón de fútbol para él y otras cosas para sus hermanos. Al poco rato llegaron también sus primos a recoger sus reyes.

Como de costumbre, ese día, toda la familia comió en casa de los abuelos. Era con la Nochebuena y el día de San Juan, los días señalados de la casa grande.

–¿Qué te han echado los reyes?–le preguntó a su primo, que era más o menos de su misma edad.

–A mi un coche teledirigido y un robot, ¿y a ti?.

–La Play Station 3, y una equipación de fútbol.

Cansados de jugar cada uno por su cuenta con sus nuevos juguetes, a eso del mediodía sacaron al patio el caballo de madera. Dijo su primo:

–¡Esta vez soy yo, el Zorro!.

–Bueno pero un rato cada uno, porque después vamos a jugar a las bolas, que el otro día me enseñó el abuelo.

Antoñito cogió la caja de las bolas y le explicó, tal como el abuelo le había contado a él, las reglas del juego para que su primo aprendiese a jugar, e iniciaron el juego de las bolas entre bromas:



–¿Sabes que no eres malo ni nada?. No le das ni a un balón de baloncesto.

–¿Y tú, que pasas un metro por encima?.

Así entre risas, jugaron un rato; entonces se incorporó su hermano mayor y dijo:

–¡Os voy a enseñar quien es un artista de esto! Y a la primera tirada falló por mucho, con lo que las risotadas inundaron la casa. Ante tal alboroto salieron su padre y su tío, y este último dijo:

–¡No tenéis ni idea de esto, vamos a enseñaros como se juega a las bolas!.

Su padre con más o menos esfuerzo se puso en cuclillas y lanzó la bola fallando por poco. Su tío, que tenía una barriga considerable, se agachó lo que pudo, que no fue mucho, no sin una considerable subida de colores en la cara, y tiró su bola acertando plenamente.



–¡Me debes dos!– le dijo a su hermano.

–Eso ha sido de chamba, ¡si tú no le dabas ni a tres en un burro!.

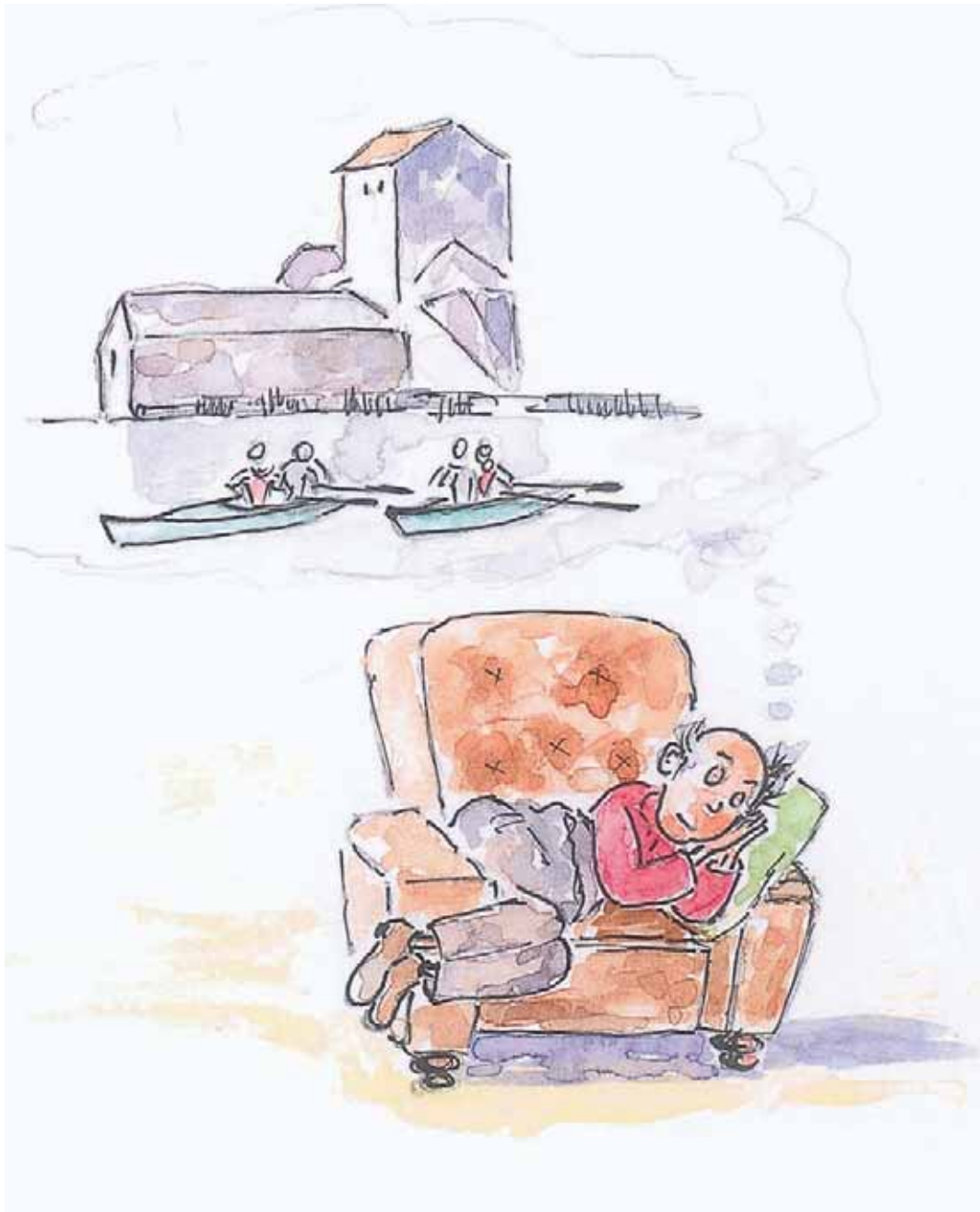
–¡Al saber, le llaman suerte!–contestó su tío.

Y todos rieron a pleno pulmón, mientras los niños observaban asombrados como se divertían sus padres con aquel juego de cuando eran, como ellos, niños.

Se asomó el abuelo al patio al escuchar la algarabía que se había formado, y observó con orgullo la estampa familiar, sus hijos y nietos jugando juntos. Mientras tanto, los juguetes electrónicos estaban solos en la habitación sin que nadie les echase cuenta; es más, uno de ellos, un robot muy feo, se había quedado funcionando, y estuvo dando vueltas por el pasillo hasta que el abuelo lo apagó.

El abuelo tenía su propia teoría sobre los juegos infantiles, que más o menos era la siguiente: Jugar es compartir experiencias, jugar es convivir con los amigos, el juego sirve para formar el espíritu de los niños para hacerlos competitivos y fuertes. Decía al respecto, “conforme juegue de chico así serás de mayor”. Además les indicaba constantemente a sus hijos, ¡no es bueno que los niños jueguen solos!.

Tras la comida, entró cierto relax en la casa, tanto el abuelo como sus dos hijos pegaron su cabezada con la ayuda de la lumbre (el abuelo decía, con cierta sorna, que esos momentos los dedicaba a meditar), los niños, en un aparte, jugaron al parchís, mientras que la abuela seguía tejiendo una bufanda de lana para Martita.



Entre sueños, el abuelo, sonreía viendo a sus nietos pequeños paseándose en barcas por el parque, y a su nieto mayor subiendo en piragua hacia el Molinillo Hundido, donde sus hijos estaban pescando carpas y pez de reyes en el río. Al despertar pensó: ¡lo que yo daría porque el sueño se hiciese realidad!.

Se dio una vuelta por su cuarto taller y se encontró una situación insólita. A sus hijos queriendo jugar con los nuevos juguetes de sus nietos, sin que acertasen con el manejo de los mismos, mientras que los pequeños andaban peleándose por subirse los dos a la vez en el caballo. Uno quería ser el Zorro y el otro Robín de los Bosques.

A pesar de las modernidades, sigue triunfando la fantasía que aporta el caballo de madera –pensó el abuelo– .



-FIN-



Este cuento se acabó de imprimir el 6 de diciembre de 2006, Día de la Constitución Española, cuando falta un mes justo para la Epifanía del Señor, festividad de los Reyes Magos.



José Antonio Mallado Rodríguez

José Antonio Mallado Rodríguez, nace en Alcalá de Guadaíra el 26 de noviembre del 1940, es Doctor en Ciencias Económicas y ha ejercido hasta su jubilación como Profesor Titular en el Departamento de Contabilidad y Economía de la Empresa de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Sevilla, donde tenía a su cargo la investigación sobre Contabilidad Pública, durante nueve años ocupó en ese centro los cargos de Vicedecano de Infraestructura y de Ordenación Académica, anteriormente fue Director y Profesor del IES Guadaíra, donde, previo a su excedencia, alcanzó el grado de Catedrático. Ha publicado numerosos libros de textos relacionados con la Economía,

ha divulgado artículos científicos en revistas nacionales y extranjeras, e igualmente ha intervenido con ponencias y comunicaciones en numerosos Congresos y Jornadas Técnicas de la misma índole. Mantiene una columna mensual en La Voz de Alcalá y colabora con la revista Escaparate, atiende a las diversas publicaciones que solicitan su colaboración. Fue nombrado Alcalareño del Año 2003, ha sido pregonero de la Feria y del Rocío, miembro de las Juntas de la Hermandad de Jesús, de la Hermandad del Rocío, del C.D. Alcalá, es Patrono de la Fundación Alcalá Innova, y desde hace veintiséis años pertenece a la Comisión de la Asociación Amigos de los Reyes Magos, donde actualmente ocupa el cargo de Vicepresidente.



Celestino Boge Rangel

Celestino Boge Rangel, nace en Alcalá de Guadaíra el 29 de octubre de 1945, realiza sus estudios en el Colegio Salesianos de esta localidad, inicia tempranamente, en 1962, su actividad como panadero. En 1967 ingresa en CTNE (Telefónica) en la que sería su verdadera profesión, como consecuencia de buscar mejoras en su puesto de trabajo, y por causa de los correspondientes traslados que ello le conlleva, conoce extensamente la geografía española, su inquietud le lleva numerosos lugares de nuestro país. Desde siempre es amante de la pintura, realizando como aficionado trabajos a plumilla y dibujos a grafito. Llegada su prejubilación en 1998, se entrega en cuerpo y alma a lo que era su auténtica vocación, la pintura en color, poco después comienza a presentar su trabajo en

exposiciones, tanto colectivas como individuales. Gerona, Santander, Sevilla y Alcalá de Guadaíra en varias ocasiones, son testigos de su arte y proyección. Es colaborador de la Cabalgata de Reyes Magos, desde hace algunos años no falta una obra suya en la Cena de Nombramiento, así mismo fue autor del Cartel Anunciador de la Cabalgata del año 2005. Otras muchas Instituciones benéficas, San Juan de Dios, AFAR, etc., son testigos de su altruismo y colaboración.



Patrocinan:



Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra

- FIESTAS MAYORES
- CULTURA



LAREVISTADEALCALÁ